JUAN E. HERNÁNDEZ Y DÁVALOS

COLECCIÓN DE DOCUMENTOS PARA LA HISTORIA DE LA GUERRA DE INDEPENDENCIA DE MÉXICO DE 1808 A 1821

TOMO II

Coordinación

VIRGINIA GUEDEA
ALFREDO ÁVILA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
2007

NÚMERO 225

Pastoral del obispo de Puebla para que los eclesiásticos, seculares, cofradías, hermandades, etcétera, se suscriban para proporcionar recursos, con el fin de sostener la guerra en España y México

Don Manuel Ignacio González del Campillo, por la gracia de Dios y de la santa sede apostólica, obispo de la Puebla de los Ángeles, caballero gran cruz de la real y distinguida Orden Española de Carlos III, del consejo de su majestad y etcétera

Mis amados diocesanos: Han sido mortales las agitaciones y angustias que han conturbado nuestro espíritu por el espacio de más de ocho meses, que hace comenzó la insurrección. En este triste periodo, que formará época en la historia de México, las noticias de los robos y muertes de tantos inocentes, sacrificados por el fanatismo, la ambición y la rivalidad; el temor de que en nuestro suelo se cometiesen iguales crímenes, y hasta la efusión de la sangre de nuestros enemigos, cuyos brazos servían a la agricultura, a las artes y al laborío de las minas, nos cubrían el corazón de luto, y nos tenían en continuo sobresalto.

¡Qué mucho que en tan amarga situación hubiéramos interrumpido el cuidado con que siempre hemos visto a la madre patria! La justicia y el orden de la caridad exigían de nosotros que dedicásemos nuestras contribuciones para repeler a esos bandidos, que atentaban contra nuestras vidas y caudales, y pretendían separarnos del gobierno de la península, cuyo depravado intento, si se hubiera realizado, no podría menos que haber hecho sucumbir a los valientes españoles privados de los auxilios de este continente.

Entre los varios motivos de aflicción para los buenos americanos en esta época tan lastimosa, no era el menor ver, que en exterminar a esa chusma de malvados que alteraban

la paz de este dichoso suelo, se empleaban unos caudales que debían destinarse a lanzar de la península a los infames franceses que nos han causado tantos males.

Por las activas y eficaces providencias de nuestro actual gobierno, y por beneficio del cielo que visiblemente ha protegido nuestra justa cansa, concediéndonos las victorias más completas en luchas tan desiguales, como son todas las que hemos tenido, en las que cinco mil han derrotado hasta ochenta mil, comenzamos a ver la risueña aurora de la paz. La prisión de los autores de tantas desgracias; el valor y constancia de las tropas que por todas partes persiguen a los que acostumbrados en la insurrección al robo, no son en el día más, que unos ladrones; y las medidas que dicta el infatigable celo del excelentísimo señor virrey, nos prometen que van a reproducirse los dichosos días del gobierno de Salomón, en que desde un extremo a otro del reino todos comían y bebían alegrándose, y cada uno habitaba sin temor debajo de su vid o debajo de su higuera.

Es ya tiempo, hijos míos, de que volvamos a ocuparnos de las necesidades de la España, y a mirarla, no con una compasión estéril, como pocos meses antes, sino con una caridad fecunda. Reflexionad, que aquellos hermanos nuestros después de una guerra desastrada, pero la más justa, en que han perdido sus bienes, sus hogares y todo lo más caro para el hombre, conservan todavía un valor heroico y una constancia inalterable por mantener su propia libertad y la de su rey, la integridad de la monarquía, y la religión de sus padres.

Prescindamos por ahora del interés que tenemos en que no sean frustrados los esfuerzos y sacrificios que han hecho y están haciendo, por alejar de nosotros unos bárbaros enemigos que nada respetan; por que conservemos con honor el territorio de donde traemos nuestro origen; por mantener aquel suelo, que dominado por los franceses no volveríamos a pisarlo, pues entre ellos y nosotros habrá eternamente un muro de bronce que nos divida;

prescindamos de las íntimas relaciones y estrechos vínculos con que estamos unidos a ellos; y consideremos solamente la arduidad de su empresa, la justicia de su causa, la constancia en sostenerla, y la desigualdad de la lucha. Estas consideraciones son más que suficientes para excitarnos a prestarles todos los auxilios que quepan en nuestras facultades.

¿No sería un bárbaro insensible aquél que viendo a un desgraciado pelear contra unos bandoleros, que lo atacaron en su casa para lanzarlo de ella, privarlo de sus bienes y abusar de su amada esposa; no le prestara el socorro que tanto necesitaba en el estado de desfallecimiento a que lo había reducido su prolongada lucha? ¡Ah! Quien mirara con indiferencia un espectáculo tan lastimoso no debería vivir entre los hombres, sino habitar en las selvas y asociarse con las fieras.

Pues aún es más interesante el que presentan los españoles, que privados de su adorado rey por la vileza de un infame traidor, tomadas las plazas fuertes con pretexto de amistad y alianza, sin haber ofendido a los franceses, a quienes trataban fraternalmente partiendo con ellos su comida y cediéndoles su lecho; se ven repentinamente amenazados con la cadena de la esclavitud, sentenciados a la separación de sus hogares, y a ser conducidos con esposas a países distantes para ser en ellos viles instrumentos de las violencias del tirano, que aspira a la dominación universal. Ven profanar sus templos, derribar los altares, sacrificar sus ministros, violar las vírgenes, manchar los tálamos y derramar la sangre hasta de los inocentes niños; y a vista de tantas atrocidades, ejecutadas sin otro motivo que la ambición y barbarie de sus opresores, resuelven vengar tamaños agravios, y poner dique al torrente de tantos males.

Toman las armas, y con una resolución heroica entran en sangrienta lid contra unos soldados aguerridos, y en cuyo prest entra el pillaje y una libertad absoluta para saciar sus brutales apetitos, y hacer todo cuanto les dicte su capricho, como no sea contra la disciplina

militar de Napoleón. En ella han padecido lo que sabemos, y lo que ellos mismos previeron, y por lo que los tímidos y cobardes calificaron de temeraria su revolución: hambres, desnudeces, privaciones, vigilias, derrotas y toda suerte de adversidades; pero en medio de ellas han conservado, como la roca su firmeza entre las aguas, el amor a su religión, a su rey, a su libertad, y el odio al tirano, a quien los reveses y desastres que ha causado a los españoles con su infernal política, y con sus numerosas huestes, no han hecho más que desengañarlo de que jamás llegará a dominar la península.

Así es, que después de tres años de una guerra la más obstinada, que el mismo Napoleón ha dirigido personalmente alguna vez, y siempre por sus mariscales los más acreditados en el arte de destruir y matar; después de tantas plazas fuertes tomadas por la intriga, o por la tenacidad de sus fuegos sostenidos por ejércitos numerosos ¿cuál es la provincia de España que Napoleón puede decir: ésta es mía? ¿Cuál el lugar en que pueda estar tranquilo su hermano José? En la que éste llama su corte vive en continuo sobresalto, y no puede hacer un paseo en sus inmediaciones sin una escolta respetable.

Por todas partes se reúnen partidas, que persiguen a los franceses, y no los dejan descansar un momento. Se destruyen unas, e inmediatamente renacen otras; se acaban unos ejércitos, y luego se forman otros; y la constancia española se ha hecho la admiración de todas las potencias que están pendientes del éxito de esta contienda. Atónitas las naciones observan el valor y firmeza heroica de la España, que exhausta, sorprendida y casi agobiada con el peso de ejércitos numerosos, ha puesto diques al torrente de ambición que la quería sumergir, y se ha burlado del poder colosal de aquel tirano; que en un paseo militar de pocos meses ha sojuzgado a las monarquías más opulentas.

¿Y a estos hombres extraordinarios y prodigiosos los dejaremos perecer por no prestarles nuestros auxilios? ¿Permitiremos que estos héroes sean ignominiosamente

hollados por los infames franceses, y ese monstruo de abominación que los manda? ¿Será posible que tantos sacrificios, tantas fatigas y tanta gloria se pierdan por no alargar nuestra mano benéfica a esos valientes atletas, que imploran nuestra compasión? ¿Seremos tan duros que no enternezcan nuestros corazones las voces lastimeras de nuestros ilustres hermanos, que con instancia nos piden pan para alimentarse, y ropa con qué cubrirse para continuar su lucha contra la opresión y la tiranía? ¿Qué hombre por vil que sea se hace sordo a los clamores de la inocencia indigente y perseguida?

Yo bien conozco que el comercio interceptado por la insurrección, los robos ejecutados en ella, las calamidades que se han sucedido en nuestros desgraciados días, y los donativos anteriores han disminuido vuestros arbitrios; pero también sé que la caridad y el verdadero patriotismo son virtudes ingeniosas y fecundas en recursos. Quitad algo a la comodidad y al lujo, y tendréis qué dar para salvar la patria y aliviar a vuestros hermanos, que peleando por ella gimen en la mayor miseria. Aprendamos de las señoras de Roma, que en obsequio de la falsa religión y de la patria se desprendieron de sus joyas para cumplir el voto que el dictador Camilo hizo a Apolo. Despojémonos generosamente de todo lo superfluo que sólo sirve a la ostentación y a la vanidad, y sacrifiquémoslo útilmente a la verdadera religión, cuyo esplendor y decoro se interesa en la guerra que sostienen los españoles, y también a la patria, cuya inexistencia política está decretada por Napoleón aun antes de que sus armas la hayan sojuzgado.

El verdadero y sólido amor de la patria consiste en hacerle bien, y contribuir a su libertad por todos los medios que nos sean posibles; porque hablar solamente de las ventajas que hace a otras provincias, de los talentos y autores que produce, es más bien amor de nosotros mismos, que de nuestro país. Contribuir a su libertad es una obligación de justicia, común a todos los sexos, condiciones y edades, que se llena de varios modos; pero

el principal por ahora, y el que la afligida patria exige de nosotros, es darle dinero para los indispensables gastos de la guerra. Ella cuenta confiadamente en la generosidad de sus hijos los americanos, y esta esperanza que hasta ahora no ha sido vana, ha sostenido su valor y constancia. Si continúan las necesidades de la patria, deben continuar nuestros auxilios; y sería un oprobio para los americanos, que no cansándose los españoles de derramar su sangre, ellos se cansaran de dar dinero.

El prudente e ilustrado celo del excelentísimo señor virrey, atemperándose a las presentes circunstancias del reino, ha adoptado el suave arbitrio de abrir una suscripción para mantener soldados en la península a razón de diez pesos mensuales. Yo espero que la viva carta que ha publicado excitando a tan importante objeto, producirá el efecto que se desea.[1]

No dudo que el respetable cuerpo de curas y el venerable clero secular y regular de la diócesis, que han dado tantos y tan claros testimonios de su celo, desprendimiento, fidelidad y patriotismo, por cuyos sentimientos se han adquirido justamente el aprecio del supremo gobierno, se esforzarán a prestar todos los auxilios que pendan de sus facultades, para socorrer a la península, en la que sobra valor y constancia para arrostrarse al enemigo; reina el entusiasmo, el mayor orden y la más exacta disciplina; y están tomadas las mejores disposiciones para continuar la guerra; y solamente faltan los caudales necesarios para sostenerla.

No cuento únicamente con la suscripción de los curas y demás eclesiásticos, sino también con sus enérgicas exhortaciones para que los seculares pudientes contribuyan en los términos indicados a la libertad de la patria; y por sentado los primeros persuadirán a mi

[1] Su excelencia nos ha dado el ejemplo, y mi venerable cabildo y yo lo hemos imitado suscribiéndonos por cincuenta soldados durante la guerra.

nombre a los mayordomos y hermanos de las cofradías que se hallen establecidas en sus respectivas parroquias, a que a proporción de sus fondos se suscriban a la manutención de los soldados.

Para que reciba las suscripciones del clero he nombrado a mi mayordomo don José Cano y Zambrano, quien dará a los contribuyentes el correspondiente recibo, y a su tiempo, como en los anteriores donativos, se les hará constar por los papeles públicos su entrega en la tesorería del rey.

Puebla de los Ángeles mayo 20 de 1811.— *Manuel Ignacio*, obispo de Puebla.

La edición del tomo II de la *Colección de documentos para la historia de la Guerra de Independencia de México de 1808 a 1821* estuvo a cargo de

Edna Sandra Coral Meza
Rosa América Granados Ambriz
Raquel Güereca Durán
Rodrigo Moreno Gutiérrez
Eric Adrián Nava Jacal
Gabriela E. Pérez Tagle Mercado
Claudia Sánchez Pérez

PROYECTO DGAPA PAPIIT IN402602